



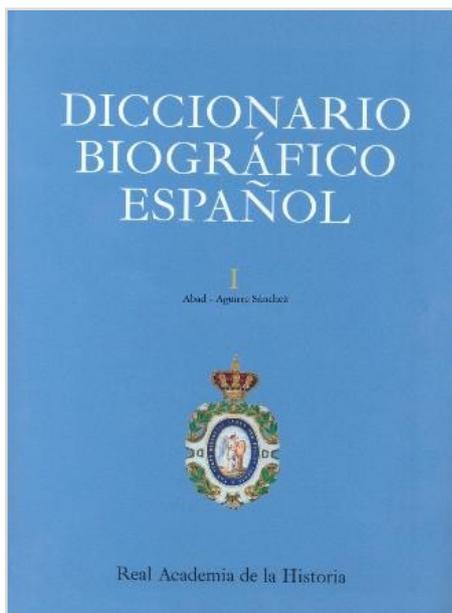
Gaceta de la Fundación José Antonio Primo de Rivera
nº 319 (2ª Época). Abril 2019.

“A los pueblos no los han movido nunca más que los poetas, y ¡ay del que no sepa levantar, frente a la poesía que destruye, la poesía que promete!...”

EN ESTE NÚMERO:

- 1. El diccionario biográfico español.** *José M^a García de Tuñón Aza*
- 2. Las paradojas del perdón.** *Manuel Parra Celaya*
- 3. Del olvido y la mentira. Recordando a Samuel Ros y Rafael Sánchez Mazas.** *José María Ramírez Asencio*
- 4. El desengaño de José Luis de Arrese.** *José Ignacio Moreno Gómez*
- 5. Occidens.** *Alfonso Lazo*
- 6. El ángulo ciego.** *Juan Claudio de Ramón*
- 7. La pelea de un pueblo para que no lo arruinen con otra Memoria Histórica.** *Enrique Delgado Sanz*

Hace poco me comentaba, un buen amigo, si había leído lo que en el Diccionario Biográfico Español de la Real Academia de la Historia, habían publicado sobre José Antonio Primo de Rivera. Mi respuesta fue negativa. Su autor, y sin que se sepa qué méritos tenía más que otros para publicar lo que publicó, es uno de los biógrafos del fundador de Falange. Su nombre y apellidos es Julio Gil Pecharromán, quien siempre ha olvidado que Falange es una manera de ser antes que una manera de pensar. Gil no concebía en su biografía, y sigue sin concebirla, la doctrina joseantoniana en su integridad ya que ignora por completo el sustrato religioso y la vocación trascendental que José Antonio quiso dar a la política.



Pero sigamos con este personaje que con sus trampas, tantas como letras, escribió en el Diccionario, donde figuran más de 45.000 personajes de la Historia de España y en donde han colaborado miles de autores. Entre ellos Gil Pecharromán, que es el autor que nos interesa por el largo artículo que publicó en ese Diccionario. Se empeña, desde el principio, que José Antonio era un fascista y de ahí no hay quien lo saque: «José Antonio iba consolidando poco a poco como la primera figura del fascismo español». Es, pues, una de tantas falsedades que este autor escribe en el trabajo que le encomendaron. No escribe una sola línea sobre aquellas palabras que dijo José Antonio en el Parlamento el 3 de julio de 1934: «...porque resulta que nosotros hemos venido a salir al mundo en ocasiones en que en el mundo prevalece

el fascismo –y esto le aseguro al señor Prieto que más nos perjudica que nos favorece–; porque resulta que el fascismo tiene una serie de accidentes externos intercambiables, que no queremos para nada asumir».

Gil, como otros indocumentados, que solo dicen su verdad, parte de la base de que José Antonio era fascista sin preocuparse o pensar que esto no fuera cierto. En Italia, por ejemplo el Estado está por encima de los individuos. En José Antonio, España, como unidad de destino de individuos está por encima de los individuos.

Cuando habla de España se refiere a su sentido metafísico profundo, a la eterna metafísica de España. A España como tarea y como misión, como unidad y como comunidad de destino en lo universal, que es como se encuentra escrito su nombre en lo alto. ¿Y qué tiene que ver esto con el fascismo?, cabe preguntarse.

El historiador francés Arnaud Imatz, autor del libro José Antonio. Falange Española y el Nacional Sindicalismo, escribe: «Para que el falangismo joseantoniano se empariente verdaderamente con el fascismo italiano o el nacionalsocialismo alemán, hubiera sido necesario que estableciera su esquema conceptual, bien sobre la tesis hegeliana del Estado, bien sobre el materialismo biológico. Hubiera sido necesario que tampoco estuviera fundado expresamente sobre los principios filosóficos del cristianismo que elevan a la persona a la categoría».

En otro momento también se refiere a la Falange que «no sitúa el valor fundamental en Estado, sino en la *lex aeterna*, en el hombre portador de valores eternos, capaces de salvarle o condenarle». Gil, el malvado Gil, recuerda la muerte a tiros de la socialista Juana Rico. Y aunque no señala quién la mató, deja claro que se refiere a los falangistas cuando cita a Juan Ansaldo y sus comandos operativos conocidos, según Gil, como «la Falange de la Sangre». Pero lo que no dice, este personaje, es que Ansaldo fue expulsado de Falange por José Antonio. Tampoco dice que para algunos FE era conocida como Funeraria Española y a José Antonio lo llamaban Juan Simón por la célebre copla: «Soy enterrador y vengo de enterrar mi corazón». Y todo porque Falange no respondía a los atentados que sus militantes venían sufriendo. Se olvidó asimismo de citar al comunista Manuel Tagüeña quien ha reconocido que las hostilidades las habían comenzado los grupos armados socialistas. La obsesión que tiene Gil con Juana Rico es algo enfermizo. En la biografía que escribió sobre José Antonio la cita en cinco ocasiones. Algo que no ocurre con el resto de los biógrafos del fundador de Falange que, como en el caso del irlandés Ian Gibson, no la cita ni una sola vez.

Para ir terminando, cuando escribe de octubre de 1934 sobre el estallido revolucionario protagonizado por las Alianzas Obreras, no hubiera estado de más que citara los nombres de Indalecio Prieto y de Francisco Largo Caballero, máximos responsables de aquel golpe de Estado de lo que también se llamó Revolución de Asturias. Cita esa fecha, octubre de 1934, por su coincidencia con lo que él, de manera errónea, dice coincidir con el «Primer Congreso Nacional de Falange». No es cierto, no hubo tal Congreso. Simplemente se reunieron los consejeros de Falange para nombrar un jefe nacional. Salió elegido José Antonio Primo de Rivera.

No sé si el señor Obrador, presidente de México, es un vulgar tonto con ventanas a la calle o si su exigencia al Rey de España para que pida perdón por la conquista, colonización, evangelización y mestizaje obedece a impulsos de más calado y obediencia debida.

Quiero pensar que lo que ha ocurrido es que el señor presidente se ha sentido influenciado por el espíritu de esta Cuaresma y, en línea ortodoxa con la idea cristiana del perdón para que sean perdonados los pecados propios, ha pedido a Felipe VI que, por aquello de ser la autoridad moral sobre el Virreinato de Nueva España, empiece dando ejemplo para que él, a su vez, implore indulgencia retrospectiva por los sacrificios rituales de sus antepasados lejanos, los aztecas o mexicas, que sacrificaban prisioneros de las tribus vecinas en festivales que duraban tres meses y en los que se mataban entre 20.000 y 30.000 personas cada año (Imperiofobia. 19ª edición. M.^a

Elvira Roca Barea. Pág. 317), hasta que un tal Hernán Cortés decidió acabar con aquellas sangrías; o quizás el Sr. Obrador quiera pedir perdón por sus predecesores cercanos del siglo XX, que quemaron, torturaron, crucificaron o fusilaron a 12.000 católicos en los años de las Guerras Cristeras. No abundo en el tema porque ya el Premio Nóbel Vargas Llosa se ha encargado de responderle adecuadamente, empleando además una ironía casi gallega, como dicen en aquellos pagos.



Lo curioso es que, en esto de los perdones históricos, siempre gallean quienes más tendrían que implorar la gracia y el olvido por sus atrocidades del pasado, que, por otra parte, son comunes a todo el género humano desde aquello de la quijada de asno del animal de Caín. Así, la Iglesia Católica de nuestros días viene echándose las culpas en su particular memoria histórica para proclamar a los cuatro vientos del progresismo que aquello de las Cruzadas y lo otro de la Inquisición estuvo pero que muy mal.

Sin embargo, no hemos oído que los piadosos calvinistas, anglicanos de Eduardo e Isabel y luteranos de todas las observancias hagan recuento de las miles de

víctimas católicas que masacraron desde sus respectivas fechas fundacionales. Y no decimos nada de la cuasi permanente guerra santa del Islam, en la que no existen más alternativas que la conversión al Corán o el aniquilamiento del infiel, porque hablar de ello está muy mal visto y me podrían acusar al instante de ser un islamófobo cualquiera.

Si aterrizamos en la historia española y acudimos a ese revival de la guerra civil que puso en marcha el señor Rodríguez Zapatero y repone a diario el señor Sánchez, tampoco hemos escuchado, por ejemplo, que los titulares de las checas -cuyos herederos ideológicos y de siglas sientan a diario plaza de demócratas- hayan pedido perdón por sus atrocidades de retaguardia; o, de forma más concreta, que, con motivo de la persecución religiosa que empezó con el Golpe de Estado socialista contra la 2ª República en 1934 y se prolongó del 36 al 39, no se hayan elevado humildes solicitudes de perdón a los católicos, si tenemos en cuenta el número de obispos, sacerdotes, monjas y sencillos laicos que fueron asesinados.

Y es que la cultura del victimismo afecta, por una parte, de forma necia y ridícula a la historia y, por otra, de forma más irracional y estúpida si cabe, al presente. Así, los padres tienen que pedir perdón a sus hijos, según el grado de severidad que empleen en sus correcciones, aunque de nada le ha servido a esa madre condenada por atizarle dos sopapos al gorrino de su hijo que no se quería duchar.

Los profesores deben disculparse a diario ante alumnos suspendidos y familias reclamantes, que llegan a amenazar con enviar a sus abogados; y no es exageración, pues un servidor vivió esta amenaza en el curso de su profesión hace pocos años... Resulta que la culpa de que los separatistas en Cataluña proclamaran las leyes de desconexión y proclamaran la república independiente fue del Estado español, aunque, en este caso, cabrían matizaciones, dada la lenidad y dejación de funciones de los encargados de mantener la unidad de España y hacer cumplir las leyes. Y la Policía Nacional y la Guardia Civil deben pedir perdón porque se empeñaron en que se cumplieran las órdenes de la Fiscalía de no permitir la charlotada del 1-0 y porque no cedieron al imperio de las masas desbocadas, que incluso asediaban los cuarteles. Ahora, los jueces del Supremo deberán terminar pidiendo perdón por haber sentado en el banquillo de los acusados a los protagonistas de aquel Golpe de Estado...

Vivimos en un continuo despropósito, en el que los culpables son las víctimas, que exigen que sus verdugos les pidan perdón. En unos casos, como en el del infumable presidente mexicano, por haber España redactado las Leyes de Indias, por haber creado escuelas, universidades y hospitales, por no haber permitido que siguieran arrancando corazones con cuchillos de obsidiana; en otros, como el de padres y profesores, por pretender educar a los niños; en jueces y policías, por hacer cumplir las leyes.

En fin, que cada uno conlleve sus culpas, haga sus penitencias y pida los perdones que considere oportunos; va a depender del grado de pusilanimidad, de acomplejamiento, de ignorancia o de tontería que rezuma por los poros de su conciencia políticamente correcta. Personalmente, como cristiano, estoy dispuesto a pedir perdón a quienes haya podido ofender, pero no a callarme cuando mis supuestos ofendidos lleven su cinismo hasta el punto de convertirme en idiota.

3

Del olvido y la mentira. Recordando a Samuel Ros y Rafael Sánchez Mazas

José María Ramírez Asencio

Releía yo hace unos días dos magistrales artículos del pensador y filósofo Julián Marías, discípulo y seguidor de Ortega y Gasset, el ya famoso “la vegetación del paramo” (1977) y otro de veinte años después, recordando aquel, y que se llamó “¿Por qué mienten?”. En ellos, D. Julián, nada sospechoso de apoyo al régimen franquista, por el que fue encarcelado durante unos meses y posteriormente postergado en su carrera dentro de la Universidad, merced a la denuncia de un supuesto amigo, abordaba, en los albores de la transición y luego tras veinte años de régimen democrático, en el transcurso de los cuales constata que continua sin cambiar nada, la mentira que se urdió, primero desde el exterior de España y luego fomentada y propagada en las escuelas y, sobre todo, Universidades, entre jóvenes cuyo conocimiento de la verdad histórica era un papel en blanco. Esa mentira no era otra que la vida intelectual en la postguerra, a partir de la victoria del bando nacional y, prácticamente en los cuarenta años que este duró, había sido un “páramo cultural”. Hoy, D. Julián, desgraciadamente, podría escribir, sin temor a equivocarse, una tercera entrega de ese primer artículo, y, si cabe, con mayores motivos.

La condena al olvido y el ostracismo no ha sido, y sigue siendo, por ya demasiado tiempo, desdichado patrimonio de unos pocos, sino condena inmerecida para muchos, de los que decía Marías en su artículo seminal, “Pero pienso que no son buenos botánicos los que hablan del “páramo” y se les pasa esta frondosa, esperanzadora vegetación, que pudo brotar en el clima más inhóspito, sin abono, sin cultivo, mientras tantos intentaban simplemente descastarla».

Y esto, que quizá tuviera cierta justificación recién finalizada la contienda, debido a la propaganda lanzada desde la mayor parte de los países europeos y el odio

y afán de revancha de los vencidos, no es posible que siga persistiendo hoy en día, rebasados los cuarenta años de la defunción del régimen de Franco. Y no lo es no solo porque se hurta a todos los ignorados de la fama y el reconocimiento que merecerían sino porque también se está privando a muchas personas, inquietas intelectualmente y sin prejuicios políticos ni ideológicos, del conocimiento de una riqueza cultural e intelectual enterrada bajo toneladas de demagogia y deseos de venganza mal reprimidos.

Les aconsejo releen, si les place, los dos artículos citados, en ellos se hace una sucinta, y forzosamente incompleta, dada la concisión que debe tener un artículo periodístico, de autores, pensadores e intelectuales relegados o, como mínimo, menospreciados por la democracia posterior al 75, pero hay muchos más, vivimos en tiempos difíciles para el conocimiento, tiempos en los que, si no se atesora el valor de la curiosidad, del criterio propio y se dispone de la suficiente claridad de ideas para desprenderse y distanciarse de las ideas predominantes y el pensamiento único a que la dictadura de la corrección política nos aboca, acabaremos, como, desgraciadamente, una gran cantidad, no sé si la mayoría, pero si una importante suma de compatriotas, en el adocenamiento del pensamiento y, por tanto, en un empobrecimiento social y cultural que inexorablemente nos lleva a ser una sociedad de meros consumidores de propaganda e instrumentos para que esos lobbies llamados partidos del sistema nos conduzcan cual rebaño, cada cuatro años, a depositar una papeleta en una urna, papeleta que apenas nos detenemos a pensar lo que implica.

Viene esto a colación de la ocultación y práctica invisibilización que de muchos intelectuales, literatos y artistas en general se viene haciendo a causa de sus ideas políticas contrarias al pensamiento preponderante, y podríamos poner innumerables ejemplos: José María Pemán, Giménez Caballero, Muñoz Seca. Miguel Mihura, Edgar Neville, Agustín de Foxá, Jardiel Poncela, Eugenio D, Ors... ¿Cuántos de los jóvenes universitarios y de los no tan jóvenes profesionales actuales conocen y se han enriquecido y disfrutado con la lectura de estos maestros?



Tardaremos en darnos cuenta y será quizá tarde para corregir lo que significa de pérdida para nuestro acervo cultural y espiritual el haber condenado al ostracismo a tantos y tantos que iluminaron una época y de los que ahora se priva a las actuales y quizá, si no ponemos remedio, futuras generaciones.

El primero que quiero traer aquí es un caso extremo: el de Samuel Ros. Samuel, dotado de una sensibilidad exquisita, fue capaz en sus escritos de hilvanar frases tan elocuentes y bellas

como....

“El beso es lo único que no admite teoría”, o.....

“Y a pesar de la dicha que se brindaba a mi dolor, no tenía más deseo que éste: volver a España para escribirlo...”

Discípulo del vanguardismo de Ramón Gómez de la Serna, falangista de la primera hora (asistía a la tertulia “La ballena alegre” que se reunía alrededor de José Antonio Primo de Rivera) e íntimo amigo de Dionisio Ridruejo, al comenzar la guerra civil fue perseguido y su casa saqueada, se refugió en la Embajada de Chile y posteriormente evacuado a ese país. A su regreso a España fue Director de la revista Vértice y colaboró en la revista Escorial y otras publicaciones. Tiene varias obras de gran valor y, desgraciadamente, apenas conocidas, a pesar de que se editó una magnífica antología dirigida por el gran Medardo Fraile en el año 2002.

A modo de anécdota reseñar que, en 1940, escribió ese documento magnífico llamado “A hombros de la Falange: historia del traslado de los restos de José Antonio”, sobre el traslado del ataúd con los restos de José Antonio Primo de Rivera de Alicante a El Escorial.

Samuel Ros, tras la desgraciada muerte de su primera novia, pasó por un infierno en el transcurso del cual su amigo Dionisio Ridruejo lo acompañaba a veces al cementerio, donde Samuel, en ocasiones con lágrimas en los ojos, repetía el mismo ritual una y otra vez: encendía dos cigarrillos, se colocaba uno en la comisura de sus labios y el otro, cuidadosamente, sobre la lapida bajo la cual yacía su amor...en esa lapida había una inscripción premonitoria a modo de epitafio: “Leonor, tengo tantas cosas que contarte...”

Samuel murió joven, con apenas treinta y nueve años. Luchemos para que él y tantos otros olvidados nos sigan contando, para no privar a nuestros hijos y nietos de que esas otras voces les sigan hablando de sus deseos, sus sueños, sus miserias o sus riquezas interiores, para que su espíritu siga vivo entre nosotros. Es hora de que realicemos, cada uno desde su humilde y particular posición, una labor reivindicativa de esos nombres sepultados bajo la ignorancia y el odio, por los bajos instintos de la revancha y la venganza. Porque ellos lo merecen. Y para que Samuel, y tantos otros, como él escribiera en la tumba de su amada, puedan seguir contándonos.

Por eso hoy también quiero recordar especialmente a Rafael Sánchez Mazas, ideólogo y fundador de Falange en cuya primera junta Directiva se integró. En febrero de 1934 compuso “Oración por los muertos de la Falange”, que quiero recordar y que culminaba con estas bellas palabras: “Danos ante los hermanos muertos por la Patria perseverancia en este menosprecio hacia las voces farisaicas y oscuras, peores que

voces de mujeres necias. Haz que la sangre de los nuestros, Señor, sea el brote primero de la redención de esta España, en la unidad nacional de sus tierras, en la unidad social de sus clases, en la unidad espiritual en el hombre y entre los hombres, y haz también que la victoria final sea en nosotros una entera estrofa española del canto universal de tu gloria“. De parte de su peripecia vital, su conducción en 1939 al santuario de Santa María del Collell junto a otros prisioneros para ser ejecutado del que se escapó un 30 de enero antes de ser fusilado, refugiándose en una masía gerundense junto a tres soldados republicanos que habían huido de la retirada y pasando luego con ellos a zona sublevada, dió cuenta en parte el libro, y posterior película “Soldados de



Salamina” y no quiero abundar en ello, pero si decir que, tras la guerra civil, y ocupando diversos cargos en los Gobiernos de Franco, intercedió por bastantes personas que no procesaban su ideología, como ocurrió con el gran poeta Miguel Hernández, por el que abogó para que se le conmutara la pena de muerte.

¿Cuántos hoy en día han leído o, al menos, conocido, esas dos grandes novelas de la literatura española de los años de postguerra que son “La vida nueva de Pedrito de Andía” publicada en 1952, y “Rosa Krüger”, que fue publicada en 1996 (si bien fue escrita cuando Sánchez Mazas estuvo refugiado en la Embajada chilena en Madrid y la leía cada noche por entregas, a modo de folletín, a los que con el allí se protegían, pero que nunca, hasta ese año de 1996, se vió publicada en su integridad)?

Un fragmento de “La vida nueva...”, una narración donde el escritor, milagrosa y prodigiosamente, pues la escribió con más de cincuenta años, se pone en la mente y el corazón de un pequeño desde sus siete años y hasta su primera adolescencia y descubre, por vez primera, el amor, nos habla a las claras de la sensibilidad y hermosa candidez de esta obra que debería figurar entre las mejores de nuestra literatura:

“El amor- le explicó a Pedrito el padre Cornejo, su maestro- era un deseo grande de hermosura y , como la mayor hermosura es la del alma, el amor perfecto es darlo todo, ofrecerlo todo, hasta la vida, para que la persona a quien queremos tenga un alma hermosa, que es como decir sin mancha de pecado alguno”.

Si no lo han hecho, lean la obra de Sánchez Mazas. Rescátenlo, a él también, de la injusticia y el olvido.

La transición española hacia el sistema político vigente no comienza en el año 1975, había comenzado mucho antes. El régimen del 18 de Julio resultó ser un régimen a la medida de los partidos y las gentes de derecha –monárquicos en buena parte– que desde la preparación del alzamiento apoyaron la sublevación que organizaban distinguidos mandos del Ejército. Fue luego un régimen a cuya sombra fueron creciendo unas importantes clases medias, surgidas por la propia evolución y por las políticas desarrollistas del mismo sistema (el llamado franquismo sociológico). Conviene considerar que, aunque la propaganda política insista únicamente en la visión contrarrevolucionaria del régimen franquista, lo que triunfó en la Guerra Civil fue, como señalaba José Luis Rubio Cordón, no la pura oligarquía, sino una burguesía nacional, que inició el despegue económico del país.

El actual régimen político, el de la Constitución del 78, es la consecuencia y salida natural de aquel otro, por mucho que algunos se rasguen las vestiduras. No hubo ruptura formal. Casi todo era previsible desde la aprobación de la Ley Orgánica del Estado de 1966, y aún antes; y el rey Juan Carlos I juró la Constitución sin considerar que perjuraraba las Leyes Fundamentales franquistas. Torcuato Fernández Miranda preparó una transición “de la Ley a la Ley”. Era la ocasión histórica de Juan Carlos de Borbón, brindada conscientemente por el anterior Caudillo y con el soporte de todo su aparato de Estado, comenzando por un fidelísimo ejército y siguiendo por la mismísima Secretaría General del Movimiento: una estructura de poder vaciada de contenido político. Resulta curioso que muchos de los herederos políticos de Franco hayan condenado sin rubor alguno al régimen del 18 de Julio del que son deudores. ¿Se atreverá algún día la institución monárquica española a hacer esa condena?

Pero la auténtica Transición se operó mucho antes: Si al final de la Guerra Civil se vio ya, claramente, que la oportunidad de realizar la revolución nacional-sindicalista se estaba dejando pasar, el auge de la Alemania nazi se entendió como una segunda oportunidad para los falangistas de imponerse a las fuerzas derechistas. A Alemania se la veía como la ganadora del conflicto que empezaba en Europa; y sus excesos y crueldades no se conocían, al tiempo que se disculpaba su anti judaísmo y su alianza con Stalin para la invasión y reparto de Polonia. La autenticidad falangista y su originalidad quedaron ensombrecidas por la falta de un desarrollo teórico propio, en la línea revolucionaria sindicalista, a la que Ramón Serrano Suñer era, no solo

completamente ajeno, sino también hostil. Su rival, José Luis de Arrese (el desprecio de Serrano Suñer y de muchos falangistas hacia Arrese era notorio), sin embargo, intentó hacer esta reflexión doctrinal propia, con base en principios cristianos y personalistas (aun cuando no le faltaron las críticas de la Jerarquía eclesiástica), pero desde una soledad casi total, y una sumisión a la voluntad de Franco también total. No hay peor ciego que el que no quiere ver, pues cada vez era más evidente que los rumbos por los que ya transitaban el proclamado Caudillo de España y su Régimen eran otros, muy diferentes a los del nacionalsindicalismo; y el camino a la monarquía

borbónica y a la sumisión a los dictados de los E.E.U.U, así como a la versión de Europa que surgió a este lado del Telón de Acero tras la Segunda Guerra Mundial, se iba perfilando nítidamente con la ayuda de los “tecnócratas”.



Confiesa Arrese como a él le desolaba el hecho de seguir prometiendo una revolución social tras veinte años de estar en el poder; pero que el Caudillo no deseaba cambiar la estructura financiera de la empresa, pues le aterraba el hecho de poder provocar un “bache” financiero. Todo lo más, el régimen franquista estaría dispuesto a que se hicieran ensayos de nacionalsindicalismo con alguna empresa del Instituto Nacional de Industria (INI), por ejemplo con Iberia –empresa que, como señalaba el propio Arrese, no era la más idónea, dado su carácter comercial, más que productivo–. El falangismo seguía insistiendo en que para alcanzar la Justicia Social, era necesario el reparto de beneficios y la participación de todos los trabajadores en la gestión de la empresa, pero había otros, la mayoría de las fuerzas vivas del Régimen, que aducían que existían medios alternativos –como la política fiscal– para lograrse dicha Justicia Social; y consideraban que no era necesario tocar los pilares básicos de la empresa capitalista. Los conspiradores de la derecha monárquica contra la República resultaron ser los auténticos ganadores de la partida, como comprende finalmente Arrese, quien percibe ya claramente en el año 1956 cuál va a ser el futuro del Régimen: la restauración –que no instauración– de la monarquía parlamentaria, a la que se reconoce una legitimidad interrumpida; y que se sentirá libre, de acuerdo con esa legitimidad propia –no recibida del Caudillo– para seguir el rumbo que estimase conveniente: con o sin Movimiento Nacional.

La ley de Sucesión había sido redactada en ese sentido, eligiendo al príncipe de mejor derecho hereditario; no al que mejor pudiera servir a las finalidades del Movimiento; y con este artículo que no dejaba lugar a dudas: “Al fallecimiento, renuncia o incapacitación del Caudillo, el Consejo del Reino llamará a ocupar el Trono

de España al príncipe de mejor derecho, en el cual se establecerá la sucesión por ley de mayor a menor, prefiriendo la línea masculina a la femenina”.

Advierte Arrese, proféticamente, que al adoptar esta fórmula no solo se efectuaba la rendición sin condiciones del Movimiento: “...no digo que el Rey lo fuera a liquidar, digo que la ley le dejaba libre el camino, sino que además se proclamaba en ella la ilegitimidad del Caudillo”.

Esto era lo más curioso: la ley empezaba por un artículo que parecía redactado con el exclusivo objeto de proclamar, de jure, a Franco Jefe del Estado español y continuaba con este otro que le declaraba usurpador: usurpador porque, si efectivamente España se convertía en reino y a la muerte del Caudillo se llamaba a sucederle al “príncipe de mejor derecho”, sucedía que, como este mejor derecho no lo tenía porque el Caudillo se lo diera con su muerte, sino que a su muerte se lo dejaba ejercer, resultaba que mientras viviera se lo estaba impidiendo; es decir, usurpando el ejercicio de un derecho que la ley empezaba por reconocer como título exclusivo de sucesión.

La Falange nominal, secuestrada en aquella estructura, era doctrina muerta. Y, como tal doctrina muerta, quedó abocada al desprestigio, no sólo externo sino también, incluso, interno. Las muestras de desafección de los jóvenes militantes del Frente de Juventudes, o de la propia Guardia de Franco, al Jefe del Estado y Jefe Nacional del Movimiento eran cada vez más frecuentes. Los símbolos falangistas eran ya pura coreografía destinada a destilar un olor cada vez más rancio. El descarte deliberado de la alternativa falangista por Franco propició la transición de España hacia el sistema político actual, donde el propio franquismo es contemplado como un paréntesis de poder ilegítimo. ¡No se quejen los franquistas!

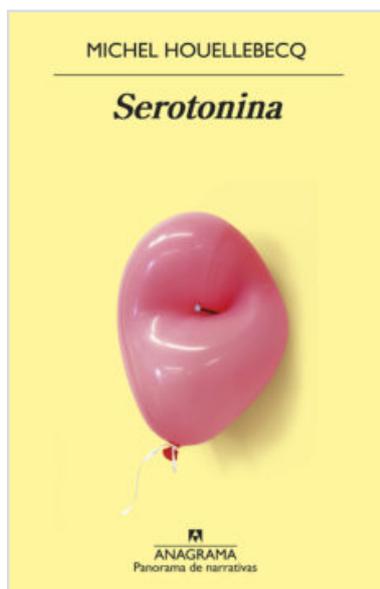
5

Occidens

Alfonso Lazo para Diario de Cádiz

Termino estos días la lectura de *Serotonina*, última novela de Michel Houellebecq llegada a las librerías. Autor odiado por las feministas, los islamistas, los buenistas y los críticos literarios progres, es uno de los escritores del más alto interés en Francia. Difícil que le den el Premio Nobel de Literatura, e imposible el Premio Nobel de la Paz reservado casi siempre a tontos de capirote. Pero *Serotonina* es mucho más que una novela, es el retrato fiel de la Europa decadente que no tiene salvación.

También días atrás me regalaron el magnífico catálogo de la exposición permanente que en torno a la catedral de Pamplona se exhibe bajo el rótulo de *Occidens*. Una muestra que recorre desde los orígenes de Europa al mundo occidental de hoy. Piezas arqueológicas, figuras, textos (tanto de un pasado histórico como de pensadores contemporáneos) y maquetas (formidable la elaborada por la arquitecta navarra Marta Boneta) con una espectacular iluminación dan cuenta de la grandeza de Occidente que parece tocar a su fin. ¿Final de Occidente?



Joseph Ratzinger escribía a finales del pasado siglo: "Occidente siente un odio por sí mismo que es extraño y que sólo puede considerarse como algo patológico. Occidente ya no se ama a sí mismo. Sólo ve de su propia historia lo que es censurable y destructivo al tiempo que no es capaz de percibir lo que es grande y puro. Europa necesita de una nueva aceptación de sí si quiere verdaderamente sobrevivir". Y así es. Cosa que la mayor parte de la *intelligentsia* europea no se atreve ni a pensar. Un olvido culpable de que en los orígenes de nuestra cultura está Roma, capaz de levantar no sólo templos y acueductos, sino todo un sistema social y político de derecho privado, sin equivalente en pueblos y culturas anteriores, que cambió el concepto mismo de hombre. El Derecho Romano, la igualdad de todos los hombres ante la

ley, la libertad personal, la democracia, el Estado de Derecho, el humanismo, la racionalidad son valores que hoy nos parecen obvios, pero que tienen su origen en Occidente y no en otras grandes culturas: ni en China, ni en la India, ni en el budismo, ni en el Islam, ni en el África negra...; pues debajo de esos valores y conceptos aparentemente universales, sosteniéndolos, estaba el cristianismo, sea entendido como fe o sea entendido como cultura: cristianismo como la raíz de Europa, y no de China, la India o el Islam.

En noviembre de 1999 Mircea Eliade tuvo una intervención memorable en los coloquios anuales Roger William Fellowship. Sostuvo que la ciencia moderna no habría sido posible sin el judeocristianismo que eliminó lo sagrado de una naturaleza poblada de dioses y acabó con el fatalismo astrológico, tan fuerte al final de la antigüedad pagana. En diciembre de 2005, cuando ya el materialismo del gran consumo, el relativismo, el multiculturalismo y el pensamiento débil habían secado las raíces cristianas de Europa otro sabio, Fernando Savater, hablando en defensa del Estado laico nos contaba en Sevilla cómo el cristianismo al separar radicalmente mundo natural y divino abrió el paso al desarrollo moderno.

La exposición de Pamplona habla del fin de Occidente no como una catástrofe, sino como una transformación hacia algo nuevo propiciado por el mestizaje ya que todas las culturas han sido mestizas empezando por la occidental. Hace tiempo, en una mesa redonda, cierto amigo antropólogo me acusó de racista porque yo había defendido el mestizaje, y para un antropólogo las etnias deben conservar intacta su identidad. No pedí perdón: para mí mestizaje significa integración (salta a la vista que sin integración se hace imposible lo mestizo) y asimilación, un fenómeno capital cuando la Historia genera grandes movimientos de pueblos y los que llegan hacen suya la patria que los acoge mientras el país de acogida los asume como iguales: el gran crisol de los Estados Unidos donde hispanos, suecos, etíopes, africanos, hindúes... conservan su religión y costumbres domésticas al mismo tiempo que se sienten americanos orgullosos de la Constitución y la bandera. Un modelo fecundo que sólo es posible si quienes arriban lo hacen de forma ordenada y legal; de lo contrario la inmigración se convierte en invasión, el mestizaje no existe y Occidente pierde los últimos restos de su personalidad y grandeza. El 28-F es el Día de Andalucía, pero en la gran Historia, no en una nota a pie de página, ese día fue un 2 enero cuando, por derecho de herencia, Andalucía quedó recuperada para el Occidente.

6

El ángulo ciego

Juan Claudio de Ramón para El País

Cuando un colaborador de la televisión pública catalana llama puta a Inés Arrimadas es fácil, pero equívoco, deducir que estamos ante un insulto machista. En realidad, se trata de la expresión machista de un odio que no es machista, sino étnico. De Arrimadas no molesta el género, sino su resuelta españolidad. Si se tratara de un único caso, lo que acabo de decir parecería discutible. Intentemos, pues, establecer un patrón.

Se recordará que, no hace mucho, a la líder de Ciudadanos ya se le deseó una violación múltiple. Lo hizo, mediante las agrestes redes sociales, una mujer que perdió su trabajo por ello. Lo mismo sucedió a un profesor de la Universidad de Barcelona que insultó a Miquel Iceta con garruladas homófobas. Triangulemos con un último incidente: la polémica suscitada cuando el Ayuntamiento de Sabadell amagó con retirar el nombre de una de sus plazas a Antonio Machado.

No dudo de que en los casos de Arrimadas e Iceta concurrieran machismo y homofobia. Pero dudo aún menos de que se hicieron acreedores de insultos no por su condición de mujer u homosexual sino por haberse erigido en obstáculo al proceso

independentista; en otras palabras, por su apuesta por ser españoles. Sin embargo, lo que se reprobó a sus agresores verbales fue el machismo y la homofobia, no la hispanofobia. Algo parecido sucede con Machado: su nombre peligraba en el nomenclátor por “españolista”, pero lo alegado en su defensa fueron sus credenciales republicanas. De estos tres incidentes yo creí sacar una lección: la cultura política española tiene un lugar desde donde denunciar el machismo y la homofobia, y otro desde donde vindicar la II República, pero no tiene un lugar desde donde denunciar el odio que es específicamente antiespañol.



Veámoslo *sensu contrario*: Alsasua. Ni el género ni la orientación sexual comparecen. Tenemos a unos guardias civiles y sus parejas a los que se da una paliza, a ver si se largan del pueblo. Para el fiscal el delito es de odio. Pero una parte de la izquierda, falta de un lugar de donde hacer brotar la indignación, lo que ve es “una pelea de bar”.

Es como si la xenofobia antiespañola existiese en un ángulo ciego o fuera una hipótesis incómoda, porque invierte el tradicional relato sobre quien es agresor y quien agredido en España, quien el tolerante y quien el intolerante. Quizá por eso tras cada asesinato de ETA se llamaba a la “unidad de todos los demócratas”, cuando lo cierto es que ETA a sus víctimas las elegía no por demócratas sino por españolas. De hecho, yo también estoy un poco incómodo escribiendo este artículo. Soy español y no me siento orgulloso sino afortunado de serlo. El papel de víctima ni me toca ni lo quiero. Pero el odio antiespañol existe y quizá deberíamos empezar a llamarlo por su nombre.

7

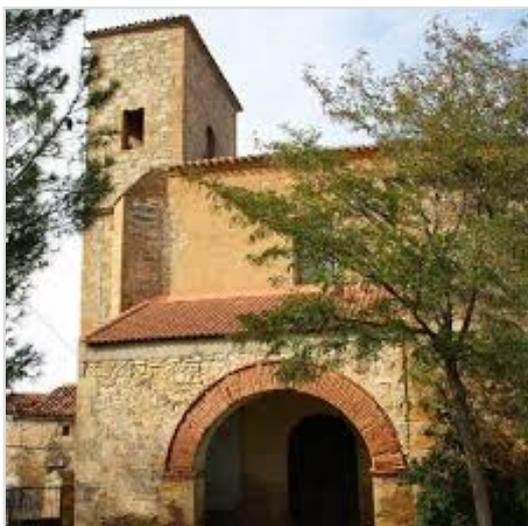
La pelea de un pueblo para que no lo arruinen otra Memoria Histórica

Enrique Delgado Sanz para ABC

Al alcalde de Valdelagua del Cerro, un pequeño pueblo de apenas 22 habitantes de Soria, menos todavía en invierno, se le llevan los demonios cada vez que sale el tema. «Que no, que no puede ser que cada vez que alguien ponga el nombre de nuestro pueblo en internet salga que incumplimos la ley de Memoria Histórica», relata con amargura Ruymán Domínguez, el primer edil de una localidad que saltó a la fama en verano después de que el senador Carles Mulet (Compromís) les enviara una carta

instándoles a retirar la placa de la calle de Primo de Rivera para no entrar en conflicto con dicha normativa.

Dicho requerimiento no gustó en el pueblecito soriano donde, además de estar convencidos de que esa calle no vulneraba la ley de Memoria Histórica, no entendían cómo un senador se había tomado tantas molestias por cambiarle el nombre a una calle de un lugar tan abandonado y acosado por otros problemas más urgentes, como la despoblación. «Aquí hay muchas prioridades antes que cambiar una calle. Los 1.000 euros que nos costaría cambiar esas placas dan para mucho, como por ejemplo para pagar la luz», reivindicó el alcalde, en el cargo desde 2015 bajo las siglas del PP, quien en lugar de quedarse de brazos cruzados comenzó junto a sus concejales una particular cruzada para demostrar el rumor que entonces le comentaron los más viejos de lugar: esa calle no se puso en honor a José Antonio Primo de Rivera, fundador de Falange, sino en el del dictador Miguel Primo de Rivera.



El matiz no era ninguna tontería, puesto que si el Ayuntamiento conseguía demostrar que el callejero se refería al militar golpista en lugar de al fundador de Falange, esquivarían las obligaciones de la ley de Memoria Histórica, que en su artículo 15 únicamente obliga a retirar los vestigios que exalten «la sublevación militar, la Guerra Civil y la represión de la dictadura» de Franco. Nada dice la norma de la anterior dictadura ejercida por Miguel Primo de Rivera entre 1923 y 1930, cuando murió, por lo que, en caso de lograrlo, este alcalde se olvidaría del cambio de placas y podría reinvertir esos 1.000 euros en otras campañas.

«Ahora por ejemplo acabamos de lanzar una para plantar árboles en el pueblo», explica con orgullo el alcalde castellano.

Lo que no se esperaba Domínguez es que, entre tanto, llegara a Valdelagua otro requerimiento para cambiarle el nombre a la dichosa calle. «Y además va el Ministerio de Justicia y manda otra notificación, ¡pero a nombre del antiguo alcalde!», exclama Domínguez, que pudo leer con atención cómo el Ministerio que dirige Dolores Delgado le recuerda, con letra negrita y subrayada, que el Ejecutivo está en disposición de tomar todas las «medidas oportunas» para garantizar que se cumpla la ley en caso de que no pudieran acreditar que allí no se incumple la ley de Memoria que, en el artículo 15.1, como insiste Justicia, manifiesta que uno de los castigos para los ayuntamientos desobedientes será «la retirada de subvenciones o ayudas públicas».

Así que ahora la misión de encontrar el origen de esta calle, una de las dos con nombre en el pueblo, era vital para asegurar la supervivencia económica de un pueblo que apenas tiene fuentes de financiación. «Si me quedo sin subvenciones, no podemos hacer nada», lamenta Domínguez, quien añade que el 50% de su presupuesto, que es de unos 50.000 euros, proviene de ayudas públicas.

Y a ello se pusieron en Valdelagua, donde la búsqueda ha dado frutos. Según constatan varios recortes de prensa que datan de 1927 e incluso un censo de población de la localidad fechado en 1931, es decir, antes de la Guerra Civil, que estalló en 1936, la calle de la discordia se inauguró en honor a Miguel Primo de Rivera, cuya figura queda fuera de las obligaciones impuestas por la ley de Memoria. «Con extraordinaria animación y entusiasmo patriótico tuvo lugar en la localidad el acto organizado por el Ayuntamiento pleno para colocar la placa que da el nombre de "General Primo de Rivera" a la calle donde se encuentra la escuela nacional y la Casa Consistorial», se puede leer en un viejo ejemplar del Avisador Numantino, uno de los periódicos de referencia en Soria en aquella época, fechado en el año 1927. Lo mismo ocurre en la hoja del censo, donde ya figura dicha calle.

Toda la documentación, a la que también ha tenido acceso ABC, ha sido remitida al Ministerio de Justicia en respuesta al requerimiento. Está por ver si queda conforme con las alegaciones o si el culebrón continúa. Y todo esto con los árboles de la nueva campaña del alcalde sin plantar...

Dentro de la libertad de expresión, la Gaceta de la Fundación José Antonio no limita los contenidos de sus colaboradores, siendo responsables de lo publicado los correspondientes autores. Para cualquier comunicación sobre este boletín o para recibirlo periódicamente en su buzón puede dirigirse a fundacionjoseantonio@gmail.com